

WALTER SAVAGE LANDOR, *Pericles y Aspasia*, ed. de A. Lastra y trad. de A. Lastra y J. M<sup>a</sup> Jiménez Caballero, Ápeiron Ediciones, Madrid, 2022, 296 pp. ISBN: 978-8412518375.

Los registros de la escritura de Landor son infinitos y, sin embargo, su formidable aire de familia no resulta menos común y conmovedor que su uso deliberadamente reservado del lenguaje. Con esta impresión, no demasiado novedosa por otra parte, que el lector podría corroborar desde el primer momento, en cada una de las *Conversaciones imaginarias*<sup>1</sup> del autor entre las que destaca *Pericles y Aspasia*, bastaría para reivindicar la lectura de Landor como parte de una educación liberal completa en sí misma.

Nuestra educación liberal sería, en cierto modo, la compensación de la unión entre el espíritu y la vida. Pero, aunque la vida del espíritu no se ha dejado captar a menudo por la letra, el texto de Landor dispondría de la *xenia* que supuestamente está ausente en los diálogos platónicos. El grave y solemne antiplatonismo de este escritor, como se refiere en la introducción, tendría que ver en el fondo con el hecho de que Anaxágoras, extranjero en Atenas (al igual que Aspasia, la amante de Pericles), fuera el verdadero maestro de Pericles, y no Sócrates. El hecho de que Landor se apoyara en el arte de la reminiscencia, un recurso platónico por antonomasia, para escribir sobre la Atenas de Pericles sería, sin embargo, un modo de poner la tragedia a disposición de la vida en la medida en que esta no constituye una tragedia. Así, la imitación de la tragedia ayudaría a evitar la imitación de la vida y, por tanto, la tragedia misma. Que precisamente Anaxágoras no apareciera conversando con Pericles, pero dotado de una “comprensión y concentración” elevadas, carente de “grandeza” y de la “ambición” suficiente para convertirse en filósofo, podría ser indicativo de la confianza y la esperanza depositadas en el joven Alcibiades (véanse, por ejemplo, las cartas LVIII y LXIV) como el último recurso para mantener el *establishment* o la política clásica de Atenas, sumida en una guerra civil en apariencia sin solución, a la que seguiría la condena y la muerte de Sócrates, prácticamente inexistente y enmudecido en el texto de Landor comparado con Prometeo, una vez restaurada la democracia.

Aunque a veces parece que el autor está describiendo su siglo o su época, la cortesía de Pericles, quien aun siendo conocido por su “elocuencia” y su “sabiduría”, no conoce el “amor” y la “felicidad”, era parte de su carácter noble, así como la templanza y la honestidad, en especial la contención de los afectos y sentimientos, mientras que, sin embargo, su filosofía sería para Landor la “moderación” ante la sofística caracterizada aquí como el “genio del pueblo” (véase la carta CXXXVII). Si todos los atenienses son efectivamente los sofistas, entonces cabe la posibilidad de que la escritura de *La apología de Sócrates* de Platón (el interlocutor y el antagonista de Diógenes en una de las *Conversaciones imaginarias* de Landor) subyazca al planteamiento transversal del autor en *Pericles y Aspasia*. En realidad, lo que está en

---

<sup>1</sup> W. S. LANDOR, *Conversaciones imaginarias*, ed. y trad. de J. Alcoriza y A. Lastra, Cátedra, Madrid, 2007.

juego es la necesidad de despejar la comedia (la poesía) del absurdo y de la indecencia, en clara alusión a Aristófanes,<sup>2</sup> lo que significa, naturalmente, poner la poesía al servicio de la *polis* a fin de “reformular las costumbres, dictar los propósitos y regular los afectos” (véase la carta VIII). No obstante, la preferencia de Aspasia como representante de la escritura femenina y, por tanto, de una lengua muerta pero más viva que nunca para Landor (por la constancia antes que por la valentía), la consideración del “ingenio” como una especie del ocultamiento (véase la carta LXIII), y la crítica a lo que ella misma llamaría el “despotismo de la excelencia” casi como una señal de la falta de confianza en sí mismo (véase la carta CCII), no serían precisamente los rasgos de la educación liberal a que aspiramos, o por la que el conocimiento clásico de Landor constituye una nota encomiable de su escritura, ni mucho menos de la poesía tal como la leemos en la actualidad.

Si la condición para asumir la educación liberal como es debido es, como sugiere el escritor, “renunciar a la religión de nuestros padres”, entonces la joven Aspasia que, disfrazada de muchacho ateniense para asistir a la representación de *Prometeo encadenado* de Esquilo, acaba desmayándose en el teatro de Dionisio ante la aparición majestuosa del dios, está llevada por un sentimiento inefable de piedad natural. Landor es un maestro de los detalles y la educación liberal, que como sucede con cualquier educación valiosa, no puede comunicarse. A pesar de ello, resulta muy difícil decir hasta qué punto la escritura es opuesta a la vida cuando se trata de la educación liberal, a menos que pensemos en la nobleza de alguien como Pericles, que no conoce el amor y la felicidad, y si la escritura femenina que defiende Landor no adolece de la ansiedad de la influencia que depende de la presunción de la “sensatez” y la “amabilidad”, ambas palabras asociadas aquí a la mujer. La relación entre la poesía y la religión es antigua y ambas tendrían en común el “ocultamiento” o el “disimulo” como virtud, excepto porque todo es, parafraseando a Landor, una ilusión, salvo la tragedia. En este sentido, Hesíodo no sería un poeta, sino un ejemplo de la “pureza” de la vida, y de que la piedad puede ser tanto un bien como un mal menor (véase la carta XXXII); y la defensa de Higemeneo de la poesía como una renovación de todos los sentidos que solo es posible a través del sueño, mientras que la piedad se mezcla supuestamente con la melancolía o con la pérdida del objeto amado, convertiría la poesía en la conducta de la vida que ignora casi por completo los caracteres humanos de la filosofía (véanse las cartas XLIX-L). De este modo, no es una casualidad cómo el autor muestra de manera espléndida que Alcibiades, destinado a suceder en el poder a Pericles, recurriera al consejo de Aspasia, a quien le desagradaba profundamente escribir (recuérdese que Sócrates no escribió nunca nada) mas trata de componer una tragedia al más puro estilo de Esquilo, debido al terror, y seguramente también al odio o al rechazo, que infundía en él Pericles (véase la carta CCXXIX). Cleone, la amiga íntima y la interlocutora predilecta de Aspasia, en realidad la correspondiente ideal de cualquier lector atento y sincero, le escribiría a Aspasia, a quien le reconoce estar dotada del poderoso don de Circe, que “en las luchas por el poder, la filosofía y la poesía de la vida se desprenden y pisotean” (véase la carta XIV). De ahí que Pericles no escribiera un solo verso (“un verso es un ostracismo” en el caso del político, le enseñaría Cleone, con la mirada puesta en la democracia ateniense como el abono perfecto para la poesía ulterior; véase la carta XVII). En respuesta a un tiempo de crisis, el poeta no ha de parecerlo: “La poesía es la vida misma” (LXXII). Landor

---

<sup>2</sup> Véase LUCIANO CANFORA, *La crisis de la utopía. Aristófanes contra Platón*, trad. de Arielle Aureli, FCE, México, 2020. En su extraordinario libro el profesor Canfora ha renovado los estudios sobre la comedia antigua y ha identificado de manera magistral las fuentes políticas de los diálogos de Platón: la utopía platónica era algo más que un sueño...

también se referiría a Pericles de un modo implícito como al tirano: “Es más agradable pensar en nuestra gloria que en los medios con los que la adquirimos” (véase la carta LXXX), aunque poco después haya expresado, en boca de Pericles, que lo que mejor tenemos es la “admiración del bien” (véase la carta LXXXIV). De hecho, Pericles habla de las “humanidades”, prácticamente por contraposición a lo que sucede en la academia, como aquello que subsiste necesariamente, respecto a una especie de arte de la compensación a las pérdidas de la guerra o del conflicto de la vida que exige la restauración de la paz o la paz en sí misma (véase la carta CCXXIV). Entendido así, la academia platónica sería, por ejemplo, un caso sospechoso de conservadurismo; y el lector ideal de Landor ha de dar cuenta de su admiración por las cosas más importantes.

El patriotismo declarado de Pericles y la humildad latente de Sófocles, injustamente vencedor frente a Esquilo, quien confiesa “me ha sobrepasado”; la “supremacía”, en las palabras de exaltación de Pericles, de Atenas (con un eco terrible para nosotros los modernos, “es una locura decir”, según el autor, anticipándose un siglo al fenómeno del nazismo, “que la muerte nivela la raza humana”) y la defensa de Sófocles de la *isonomía* (la “igualdad de las leyes”) como el mayor logro en la carrera política de Pericles, que él mismo le recordaría; la impresión, hasta cierto punto inusitada desde la primera línea de conversación imaginaria entre Pericles y Sófocles, de que Pericles es algo parecido a un representante del *kalos kai agathos* y, por contraposición a la reivindicación de Pericles de la compatibilidad entre la belleza de la nueva Atenas y el bienestar de sus conciudadanos, la propia postura de Sófocles como lo que parece ser un simple “intérprete” de los “héroes y las divinidades que me vigilan”; el supuesto “despotismo” de Pericles (Aspasia se referiría a la “excelencia del despotismo”) a causa de su temor explícito a la invasión persa y, por así decirlo, el platonismo de Sófocles al apuntar a la *politeia*, la cual no menciona nunca, como un gobierno justo o como “el mejor gobierno, cualquiera que sea su forma”; la acusación de Sófocles de “solecismo” a Pericles al olvidar que el ciudadano y el soldado atenienses son uno e idénticos, es decir, la queja que Sófocles lanza contra Pericles por no hablar el “lenguaje ático” de los atenienses, y de todos los griegos en general, bajo la sospecha implícita de falso patriotismo o, como el lector puede deducir, de divinizar en cierto modo su persona y, por paradójico que parezca, el elogio final de Sófocles a Pericles, que es en realidad el elogio de ambos a Atenas.<sup>3</sup> Todas estas consideraciones son, comparativamente, algunos ejemplos de la cura de humildad que proporcionaría la tragedia (el peligro de que el pueblo imagine que “haber nacido en Atenas es suficiente”) y, ulteriormente, llevaría a la declinación y a la caída de la Atenas, insinuadas con gran dignidad y elegancia en las estupendas páginas de Landor. Por el contrario, de las lamentaciones de Aspasia se deduce la rudeza de Atenas de un modo casi proverbial en la pluma del autor.

La escritura profunda de Landor no le resulta indiferente a alguien que aún conserva fibras susceptibles de trascender el momento presente en todos los aspectos, que aún está en condiciones de admitir que el conocimiento nos hace libres, y que sobre todo profesa el conocimiento a sabiendas de que aquello que nos hace libres que en realidad no podemos definir en la medida en que se trata de algo que buscamos de manera permanente es la condición para entender entonces y ahora lo que sucede alrededor de nosotros. Landor trata de igualar la poesía con la vida, como él diría, la poesía es la vida misma. Lo importante es que de la poesía, parafraseando a Matthew Arnold, considerada como crítica de la vida, no podría hablarse, mientras que la vida,

<sup>3</sup> Véase C. M. BOWRA, *La Atenas de Pericles* (trad. de Alicia Yllera, Alianza Editorial, Madrid, 2015) como una confirmación de las opiniones de Landor.

o la poesía de la vida que permanece oculta para la mayoría de las personas y aún provoca cierta inquietud en los que han superado el principio de la emoción, sería la expresión que significa todo aquello que quiere decir, por la que cada palabra ha sido escogida de una manera extraordinariamente escrupulosa y cabal. Por tanto, la recepción de la educación liberal dependería, sin salir de las páginas de Landor, de la defensa de la poesía como la conducta de la vida.

Las imágenes de *Pericles y Aspasia*, o si se prefiere, las palabras y los argumentos del libro, son absolutamente memorables desde el preciso momento en el que al leerlos, o incluso antes de leerlos por primera vez, los reconocemos ya como una parte de nuestro conocimiento que ignoramos y al mismo tiempo, no son absolutamente memorables desde el preciso momento en que, al leerlos como es debido, por primera vez o no, nos reconocemos en ellos como una parte que confirma nuestra existencia que no ignoramos por completo. Lo que sencillamente quiero decir es que Landor nos lee a cada uno de nosotros como si el tiempo no hubiera trascendido, o precisamente debido a que somos perfectamente conscientes de que el tiempo va dejándonos atrás y seguirá siendo así hasta el último momento, como si tuviéramos el privilegio de asumir la perspectiva de cierto olvido... Leer a Landor, tanto *Pericles y Aspasia* como sus *Conversaciones imaginarias*, es una lección de vida y sus maravillosas conversaciones, en las que el ingenio es una de las muchas cautelas que salen a relucir, renuevan verdaderamente más de uno de nuestros sentidos. Recuperar la lectura de Landor, que como se aclara en la introducción, es el propósito original de esta nueva edición, significaría en muchos aspectos recuperar la sensación de vivir y, lo que es más importante, llegar a comprender la vida como aquello que exige más vida de cada uno de nosotros. De otra manera, la vida se reduce a la literatura, algo con lo que Landor no comulgaría en absoluto, y todo lo que podemos aprender es cómo vivir a partir de los resquicios de vida que asoman en los grandes libros, dando por hecho que la lectura de estos supone tomar cierta distancia respecto a la vida en el sentido de que, al leerlos, por fatal que suene la expresión, estamos a salvo de la vida o, mejor, liberados de vivir. Pero a estas alturas, cualquiera que no se haya olvidado de vivir sabe que a menudo quedan conversaciones por imaginar...

**Antonio Fernández Díez**

<https://orcid.org/0000-0002-4505-0154>

<https://uclm.academia.edu/AntonioFernándezDíez>